

LIBRO TERCERO

149. *Necesidad de varias acciones convergentes.*—En la esfera de las costumbres, proceder alguna vez en contra de lo que se piensa, ceder en la práctica reservándose la libertad intelectual, conducirse como todo el mundo y hacer á todo el mundo también alguna concesión y darle alguna muestra de amabilidad como una especie de indemnización de la divergencia de nuestras opiniones, es conducta que los hombres, un tanto independientes, consideran, no sólo admisible, sino también *honrada, humana, tolerante, nada pedantesca*, y todos los demás calificativos que pueden ser útiles para adormecer la conciencia intelectual. Así se ve que un ateo bautiza cristianamente á su hijo, otro cumple el servicio militar como todo el mundo sin perjuicio de anatematizar severamente el odio entre las naciones, y otro se casa por la Iglesia porque sus parientes son religiosos, y no le avergüenza la inconsecuencia que comete al hacer sus promesas ante un sacerdote. «El que uno de nosotros haga lo que todo el mundo hace y ha hecho siempre, no tiene importancia»; así habla la preocupación *grosera*, así el error *grosero*, cuando no hay nada tan importante como confirmar una vez más lo que de suyo es poderoso, tradicional y está reconocido como contrario á la razón, dándole nueva fuerza me-

dante los actos de alguna persona notoriamente sensata. Así es como se da á estas cosas, ante los ojos de cuantos oyen hablar del caso, la sanción de la razón misma. Respeto vuestras opiniones, pero tienen más valor *las acciones divergentes*.

150. *El azar en los matrimonios.*—Si yo fuese un Dios, y un Dios benévolo, los matrimonios de los hombres serían lo que más me incomodaría. Un individuo puede ir muy lejos durante los setenta años de su vida, ó, si se quiere, los treinta, lo cual es sorprendente hasta para un Dios. Pero si se le ve colgar la herencia y el botín de esa lucha y de esa victoria, los laureles de su humanidad, en el primer sitio que encuentra, donde una mujercita puede destrozarnos; si se observa cómo sabe adquirir y qué mal sabe conservar y que ni siquiera piensa en que por medio de la procreación puede preparar una vida más victoriosa todavía, acaba el espectador por impacientarse y decir: «A la larga, no puede esperarse nada de la humanidad; los individuos son despilfarradores; el azar de los matrimonios hace imposible toda razón de un gran adelanto de la humanidad; dejemos de ser los espectadores asiduos y locos de esta representación sin objeto.» En esta disposición de ánimo se retiraron los dioses de Epicuro antiguamente, silenciosos y llenos de belleza divina: estaban hartos de los hombres y de sus negocios de amor.

151. *Hay un nuevo ideal que inventar.*—A un enamorado no se le debía permitir que tomara una determinación acerca de su vida, y fijase de una vez para siempre, cediendo á un capricho violento, la calidad de las personas que han de rodearle. Se debería declarar públicamente nulos los juramentos de los ena-

morados y negarles el matrimonio, precisamente porque convendría conceder al matrimonio una importancia mucho mayor, de suerte que los casos en que se contrae ahora, serían aquellos en que no se contraería. La mayor parte de los matrimonios son tales que se desea no tener por testigo de las escenas conyugales á un tercero. Mas, por lo general, ese tercero viene: es el niño, el cual es más que un testigo, es una víctima expiatoria.

152. *Fórmula de juramento.*—«Si miento, que no se me tenga por hombre honrado, y que todos tengan el derecho de decírmelo en mi cara.» Propongo esta fórmula en sustitución del juramento jurídico y de la invocación acostumbrada de Dios: es más fuerte. El hombre piadoso no tendría motivo para eludir esa fórmula, pues desde el instante en que el juramento habitual no bastara, debería escuchar á su catecismo, que le dice: «No tomar el santo nombre de Dios en vano.»

153. *Un descontento.*—Es uno de esos veteranos valientes...; le enoja la civilización porque cree que tiende á hacer accesibles á todos las cosas buenas: los honores, las riquezas y las mujeres guapas, lo mismo á los cobardes que á los valientes.

154. *Consuelos en el peligro.*—Los griegos que vivían una vida en que los grandes peligros y los cataclismos eran cosa corriente, buscaron en la meditación y en el conocimiento una especie de asilo para el sentimiento, un último refugio. Nosotros, que vivimos en medio de una quietud incomparablemente mayor, hemos trasladado el peligro á la meditación y al cono-

cimiento, y donde descansamos y nos serenamos es en la vida.

155. *Escepticismo extinguido.*—Las empresas peligrosas son mucho más raras en los tiempos modernos que en la antigüedad y en la Edad Media probablemente, porque ahora no se cree en las señales, en los oráculos, en las constelaciones ni en los adivinos. Es decir, que nosotros hemos llegado á ser incapaces de creer en un porvenir que nos está reservado, como creían los antiguos, los cuales, al revés de nosotros, eran mucho menos escépticos respecto á lo que sucede ó sobreviene, que respecto á lo que es.

156. *Malo por orgullo.*—«¡Con tal de que no nos sintamos demasiado á nuestras anchas!» Este era el temor secreto de los griegos de la buena época. Por eso predicaban la moderación. ¡Y nosotros...!

157. *El culto de las onomatopeyas.*—¿Qué indica el hecho de que nuestra civilización no sólo es tolerante respecto de las manifestaciones del dolor, lágrimas, quejas, recriminaciones, ademanes de rabia ó de humildad, sino que las aprueba y las incluye entre las cosas nobles é inevitables, mientras que el espíritu de la filosofía antigua las despreciaba, creía rebajarse con ellas y no las reconocía el carácter de necesidad? Recuérdesse cómo habla Platón—que no era, sin embargo, uno de los filósofos más inhumanos—del Filoctetes de la escena trágica. ¿Carecerá de filosofía nuestra civilización moderna? Según el criterio de aquellos antiguos filósofos, ¿formaremos parte de la plebe?

158. *Los climas del adulator.*—Ahora no hay que bus-

car aduladores que doblen el espinazo alrededor de los príncipes. Estos tienen hoy gustos militares, poco gratos al adulador. Donde ahora brota esa flor es el jardín de los banqueros y de los artistas.

159. *Los evocadores de los muertos.*—Hay hombres vanidosos que aprecian más un fragmento de lo pasado, desde el instante en que pueden hacerlo revivir con la imaginación (sobre todo si cuesta mucho trabajo); querrieran hacer resucitar á los muertos. Y como el número de los vanidosos no es corto, el peligro que ofrecen los estudios históricos, tan luego como se les entrega una época, no es pequeño; se desperdicia demasiada fuerza en toda clase de resurrecciones imaginables. Acaso se comprenda mejor todo el movimiento romántico desde este punto de vista.

160. *Vanidoso, codicioso é imprudente.*—Tus deseos son mayores que tu razón, y tu vanidad mayor aún que tus deseos. A hombres de tu laya hay que recomendar formalmente mucha práctica cristiana y además un poco de teoría *schopenhaueriana*.

161. *La belleza se amolda á las condiciones de la época.*—Si nuestros escultores, nuestros pintores y nuestros músicos quisieran penetrar el sentido de la época en que viven, tendrían que mostrar una belleza abotagada, gigantesca y nerviosa. Así como los griegos bajo la acción de su moral, de la medida y de la proporción veían y figuraban la belleza en el Apolo de Belvedere, nosotros deberíamos hallarle *feo*. ¡Pero los *clasicistas* pedantes nos han quitado la sinceridad!

162. *La ironía de los contemporáneos.*—Actualmente

acostumbran los europeos á emplear la ironía cuando tratan de los más graves intereses, porque á fuerza de andar ajetreados en el servicio de éstos, no tienen tiempo de tomarlos en serio.

✓ 163. *Contra Rousseau.*—Es cierto que nuestra civilización, en sí misma, es deplorable; mas puede elegirse entre inferir con Rousseau que «esta civilización lamentable es causa de nuestra inmoralidad», ó deducir contra Rousseau «que nuestra moralidad es causa de esta lamentable civilización. Nuestros conceptos sociales del bien y del mal, débiles y afeminados, y la enorme preponderancia que ejercen sobre el cuerpo y el alma, han acabado por debilitar los cuerpos y las almas y por quebrantar á los hombres independientes, autónomos, sin preocupaciones, que son los verdaderos pilares de una civilización sólida; dondequiera que hallamos hoy la inmoralidad vemos las últimas ruinas de estos pilares». Puede, pues, oponerse una paradoja á otra paradoja. La verdad no puede estar en los dos lados, tiene que estar en uno de ellos. Júzguese dónde está.

164. *Prematuro, acaso.*—Los que no se sienten apegados á las costumbres y á las leyes establecidas, hacen actualmente, bajo diferentes nombres erróneos que inducen á equivocaciones y la mayor parte de las veces con escasa precisión, las primeras tentativas para organizarse y crear un derecho suyo, mientras que hasta ahora todos los criminales, todos los librepensadores y todos los hombres inmorales y malvados vivían desacreditados y fuera de la ley y decaían bajo el peso de la intranquilidad de la conciencia. Debemos aprobar esto y encontrarlo bueno aunque el si-

glo próximo pierda en seguridad y quizá sea menester en él que cada cual ande con la escopeta al hombro. Al menos habrá la ventaja de que exista una corriente de oposición que recuerde siempre que no hay moral absoluta y exclusiva, y que toda moral que afirma la exclusión de otra destruye demasiadas fuerzas vivas y le sale demasiado cara á la humanidad. Los discrepantes, que con frecuencia son los inventivos y los creadores, no deben ser sacrificados; conviene que no se considere vergonzoso apartarse de la moral en actos y pensamientos; es menester hacer muchas tentativas nuevas para transformar la existencia y la sociedad; hace falta descargar al mundo de un enorme peso de intranquilidades de conciencia; es necesario que estos fines generales sean reconocidos y alentados por los hombres sinceros, que buscan la verdad.

165. *La moral que no aburre.*— Los mandamientos principales que un pueblo se deja enseñar y predicar, siempre que se ofrece ocasión, están relacionados con sus defectos principales, y por eso no le resultan aburridos. Los griegos, que tan fácilmente perdían la moderación, la sangre fría, el sentido de la realidad y en general la prudencia, prestaban atención á las cuatro virtudes socráticas; ¡tenían tanta necesidad de estas virtudes y tan poca disposición para ellas!

166. *En la encrucijada.*—¿No te da vergüenza? ¿Quieres entrar en un sistema en que es forzoso convertirse en rueda de la máquina, so pena de ser aplastado? ¿En un sistema donde cada uno es lo que hacen de él sus superiores, en que la investigación de conexiones forma parte de los deberes naturales, en que nadie se ofende cuando se le llama la atención sobre un

hombre advirtiéndole que le puede ser útil, donde no avergüenza hacer visitas para solicitar la intercesión de alguien, donde no se comprende que con la sumisión deliberada á tales costumbres queda el hombre convertido en un vaso vulgar de que los demás pueden servirse como les parezca y romperlo si les place, sin dar importancia á la cosa? Es como si se dijera: no han de faltar gentes de mi clase, haced de mí el uso que os parezca.

167. *Los homenajes absolutos.*— Cuando pienso en el filósofo alemán más leído, en el músico alemán á quien se escucha con mayor gusto y en el estadista alemán más importante, no puedo menos de decirme á mí mismo: si se trata ahora con dureza á los alemanes, pueblo de sentimientos absolutos, depende de sus grandes hombres. Han ofrecido éstos en los tres casos á que me refiero un magnífico espectáculo digno de contemplarse: cada uno de ellos parece un río tan poderosamente agitado en el cauce que se ha abierto á sí mismo, que parece que quiere escalar las montañas. Pero, con todo, por grande que sea la admiración que inspiren, ¿quién no desearía ser de distinta opinión que Schopenhauer? ¿Quién querría participar en todo, en las cosas grandes y en las pequeñas, de las opiniones de Ricardo Wagner, aun concediendo que fuese verdadera la reflexión que hizo alguien cierto día, sosteniendo que allí donde Wagner daba un impulso había un problema oculto, lo cual bien puede admitirse, puesto que lo que es él no lo saca á la luz? Y en fin, ¿cuántos habría que desearían de todo corazón estar de acuerdo con Bismarck, con tal de que él estuviese conforme consigo mismo ó al menos mostrase en lo sucesivo apariencias de estarlo?

Verdad es que en un hombre de Estado no debería parecer cosa sorprendente el carecer de *principios*, y el tener *instintos dominantes*, espíritu tornadizo al servicio de violentos instintos dominadores, desprovistos por lo mismo de principios, sino que debería mirarse como cosa adecuada y conforme con la naturaleza. Pero ¡ay! ¡esto fué hasta ahora tan poco alemán! ¡Lo mismo que el ruido en torno de la música y la disonancia y el mal humor en el músico! ¡Lo mismo que el punto de vista nuevo y extraordinario que eligió Schopenhauer; el cual ni se elevó sobre las cosas, ni se puso de rodillas delante de ellas—lo uno y lo otro hubiese sido alemán—sino que la emprendió *contra* las cosas. ¡Actitud increíble y desagradable! ¡Colocarse en la misma categoría que las cosas y con eso y todo ser su adversario, y, en último término, el adversario de sí mismo! ¿Qué ha de hacer el admirador incondicional de semejante modelo? ¿Y que ha de hacer el de los tres modelos que ni siquiera están en paz unos con otros: Shopenhauer es contrario á la música de Wagner, y Wagner opuesto á la política de Bismarck, y Bismarck adversario de todo wagnerismo y de todo schopenhauerismo? ¿Cómo salir del apuro? ¿Donde refugiarse para satisfacer la sed de veneración total? Se podría acaso elegir en la música del compositor algunos centenares de compases que nos llegan al corazón, porque ellos tienen también un corazón; aislarse con este botín y olvidar lo demás. Se podría hacer una combinación semejante con el filósofo y el hombre de Estado: elegir, encariñarse con algo y sobre todo *olvidar* lo demás. Pero ¡es tan difícil olvidar! Había una vez un hombre tan orgulloso, que no quería aceptar nada bueno ni malo más que de sí mismo; mas cuando hubo menester el olvido,

no pudo proporcionárselo y tuvo necesidad de evocar tres veces á los espíritus: acudieron, oyeron su deseo, y al cabo le contestaron: «eso es lo único que no está en nuestra mano». Los alemanes deberían aprovechar el experimento de *Manfredo*. ¿A qué conjurar los espíritus? No sirve de nada; no se olvida cuando se quiere olvidar. ¡Y cuánto no sería *todo lo demás*, que habría que olvidar de esos tres grandes hombres de nuestra época, para poder ser su admirador incondicional! Sería preferible aprovechar esta ocasión para intentar algo nuevo; quiero decir, progresar en la probidad para consigo mismo, y en vez de ser un pueblo que repite crédulamente y que odia de un modo ciego, volverse un pueblo de aprobación condicional y de oposición benévola, aprendiendo ante todo que los homenajes incondicionales á las personas son ridículos; que cambiar de parecer acerca del asunto, no sería deshonroso ni para los mismos alemanes, y que hay una frase que merece que nos empapemos en ella: «Lo que importa no son las personas, sino las cosas.» Esta frase es, como quien la pronunció, grande, valiente, sencilla y sobria, como era Carnot, soldado y republicano. Pero ¿se puede hablar así á los alemanes de un francés, por añadidura republicano? Quizá no, y hasta es posible que no haya derecho á recordar lo que Niebuhr dijo antaño á los alemanes; que nadie como Carnot le había producido la impresión de la verdadera grandeza.

168. *Un modelo*.—¿Qué es lo que me gusta en Tucídides y hace que le tenga en mayor estima que á Platón? Todo lo típico en el hombre y en los acontecimientos le inspira un placer grande y desinteresado; en cada tipo encuentra cierta cantidad de sentido común; lo que quiere descubrir es el buen sentido. Tiene más jus-

ticia práctica que Platón; no calumnia ni empequeñece á los hombres que no le agradan ó que le han hecho daño en la vida. Por el contrario, agrega é introduce algo de grande en todas las cosas y en todas las personas, al no ver en ellas más que tipos. Lo mismo había de hacer la posteridad, á quien dedica su obra, con lo que no es típico. De este modo, la cultura del conocimiento desinteresado del mundo llega en él, en el pensador-hombre, á una eflorescencia maravillosa. Esa cultura tuvo su poeta en Sófocles, su hombre de Estado en Pericles, su médico en Hipócrates, su sabio naturalista en Demócrito; esa cultura merece ser bautizada con el nombre de sus maestros los sofistas, y desgraciadamente, desde el momento de su bautismo, empieza á volverse de repente pálida é incomprendible para nosotros, pues desde entonces sospechamos que esa cultura, combatida por Platón y por todas las escuelas socráticas, debía ser muy inmoral. La verdad es, en este caso, tan complicada y tan intrincada, que se nos resiste el desenredarla. Que el antiguo error (*error veritate simplicior*) siga su antiguo camino.

169. *El genio griego es extraño para nosotros.*—Oriental ó moderna, asiática ó europea, cualquier cosa comparada con lo griego, posee como cualidad propia la enormidad y el goce de las grandes masas como sentimiento de lo sublime, mientras que en Poestum, en Pompeya y en Atenas nos asombramos, frente á la construcción de la arquitectura griega, viendo con qué pequeñas masas sabían expresar los griegos lo sublime y cómo gustaban de expresarlo así. ¡Cuán sencillos eran también los griegos del mismo modo, en la idea que tenían de sí mismos! ¡Qué atrás los dejamos en el conocimiento de los hombres! ¡Qué llenas de

laberintos aparecen nuestras almas y nuestras representaciones del alma en comparación de las suyas! Si quisiéramos ensayar una arquitectura modelada sobre el patrón de nuestra alma (somos demasiado cobardes para ello), el laberinto sería nuestro arquetipo. La música que nos pertenece y nos expresa verdaderamente, deja adivinar ya el laberinto (pues en la música los hombres se espontanean, y se figuran que nadie es capaz de verlos ni aun detrás de su propia música).

170. *Otras perspectivas del sentimiento.*—¿Qué significa nuestra charla acerca de los griegos? ¡Qué entendemos nosotros de su arte, cuya alma es la pasión por la belleza masculina desnuda! Sólo partiendo de ahí tenían el sentimiento de la belleza femenina. Tenían, pues, acerca de ésta una perspectiva diferente de la nuestra. Lo mismo sucedía con su amor á la mujer: veneraban de otro modo; despreciaban de otro modo.

171. *La alimentación del hombre moderno.*—El hombre moderno sabe digerir muchas cosas y hasta digerirlo todo, lo cual constituye su vanidad, pero sería de una especie superior si no supiese hacer esto: el ser *homo pamphagus* no es cosa distinguida. Vivimos entre un pasado que tenía un gusto más maniático y más terco que el nuestro, y un porvenir que acaso lo tendrá más selecto; y estamos demasiado en medio.

172. *Tragedia y música.*—Los hombres que se encuentran en una disposición de ánimo guerrera, como los griegos de tiempo de Esquilo, son difíciles de conmovér, y cuando la compasión triunfa por una vez de su dureza, se apodera de ellos una especie de vértigo, semejante á una fuerza demoníaca, y se sienten en-

tonces arrastrados y sacudidos por una emoción religiosa. Después hacen sus reservas acerca de este estado; mientras están dominados por él gozan del encanto que les proporciona la embriaguez de lo maravilloso, mezclada con el ajeno amargo del dolor; es verdaderamente una bebida de guerreros; algo raro, peligroso, dulce y amargo á la vez, que no está al alcance de todos.

La tragedia se dirige á las almas que sienten así la compasión, á las almas duras y guerreras que difícilmente se doblegan, ni por el temor ni por la lástima, pero á las cuales es útil *ablandarse* de tiempo en tiempo. Pero ¿qué puede ofrecer la tragedia á los que están abiertos á las «afecciones simpáticas» como la vela desplegada al viento? Cuando los atenienses se volvieron más suaves y sensibles, en tiempo de Platón (y ¡cuán lejos estaban aún de la sensiblería de los habitantes de nuestras grandes y pequeñas ciudades!), los filósofos se quejaban ya del carácter perjudicial de la tragedia. Una época llena de peligros, como la que empieza en estos momentos, en que el valor y la virilidad suben de precio, hará lo bastante duras las almas, acaso lentamente, para que sean necesarios poetas trágicos; hasta ahora eran *superfluos*, para emplear el calificativo más benigno. Y acaso vendrá también así para la música una época mejor (será de seguro la peor) en que los músicos tendrán que dirigirse á hombres estrictamente personales, duros de suyo, dominados por la seriedad sombría de sus propias pasiones; pero, ¿de qué sirve la música á estas almitas contemporáneas de la época que se va, almas demasiado volubles, de crecimiento imperfecto, semi-personales, curiosas y deseosas de todo?

173. *Los apologistas del trabajo.*—En la glorificación del trabajo, en los inevitables discursos sobre las bendiciones del trabajo, veo la misma secreta intención que en los elogios de los actos impersonales y de interés general: el miedo secreto á todo lo que es individual. Se comprende ahora muy bien, al contemplar el espectáculo del trabajo—es decir, de esa dura actividad de la mañana á la noche,—que no hay mejor policía, puesto que sirve de freno á cada cual y se da mucho arte para detener el desenvolvimiento de la razón, de los apetitos y de los deseos de independencia. El trabajo gasta la fuerza nerviosa en proporciones extraordinarias, y quita esta fuerza á la reflexión, á la meditación, á los ensueños, á los cuidados, al amor y al odio; nos pone siempre delante de los ojos un fin baladí, y otorga satisfacciones fáciles y regulares. Una sociedad en que se trabaja rudamente sin descanso, gozará de la mayor seguridad, y la seguridad es lo que se adora al presente como divinidad suprema. Pero es el caso (¡oh terror!) que el *trabajador* es precisamente quien se ha vuelto peligroso. Los individuos peligrosos son legión, y detrás de ellos está el peligro de los peligros: el *individuum*.

✓ 174. *La fórmula moral de una sociedad de comerciantes.*—Detrás del siguiente principio de la fórmula moral presente: los actos de simpatía hacia los demás son los actos morales; veo traslucirse el instinto social del miedo que se pone de ese modo un disfraz intelectual. Dicho instinto erige en principio superior, el más importante y más inmediato de todos, que hay que quitar á la vida el carácter peligroso que tuvo en otras épocas, y que todos debemos ayudar á ello en la medida de nuestras fuerzas. Por eso, tan sólo los actos que

tienden á la seguridad general y á fortalecer el sentimiento de seguridad en la sociedad, merecen el atributo de buenos. ¡Qué pocos placeres deberán proporcionarse los hombres á sí mismos, si semejante tiranía del miedo les prescribe la ley moral superior y se dejan persuadir, sin hacer objeciones, á prescindir de sí mismos, á pasar junto á sí mismos con ojos de lince para todo dolor ajeno! Con nuestra intención, llevada al absurdo de quitar á la vida toda aspereza en los contornos, toda clase de rincones, ¿no estamos en camino de reducir la humanidad á arena? A arena, á arena fina, floja, granulada, infinita. ¿Es ese vuestro ideal, héroes de los afectos simpáticos? Por otra parte, está por averiguar si se sirve mejor al prójimo, acudiendo inmediatamente y en todos los casos en su auxilio, y ayudándole, lo cual no puede hacerse más que muy superficialmente, á menos de convertir el socorro en una ocupación tiránica, ó haciendo para sí mismo alguna cosa que el prójimo vea con placer, por ejemplo, un hermoso jardín tranquilo y cerrado, que cerquen altos muros para defenderle de la tempestad y del polvo de las carreteras, pero que tenga una puerta hospitalaria.

✓ 175. *Idea fundamental de una civilización de comerciantes.* — Vemos al presente formarse por diferentes lados la cultura de una sociedad cuya alma es el comercio, como el combate singular era el alma de la cultura de los griegos antiguos, y la guerra, la victoria y el derecho entre los romanos. El que se consagra al comercio sabe tasarlo todo sin producirlo, tasarlo con arreglo á la necesidad del consumidor y no según sus necesidades personales. Para él la cuestión de las cuestiones es saber «qué personas y cuántas personas consumen

tal cosa». Aplica, pues, instintiva y continuamente el criterio de la tasación á todas las cosas, y, por consiguiente, lo aplica también á los productos de las artes y de las ciencias, á las obras de los pensadores de los sabios, de los artistas, de los hombres de Estado, de los pueblos, de los partidos y hasta de épocas enteras. Se informa de la relación entre la oferta y la demanda acerca de todo lo que se crea, á fin de poder determinar por sí mismo el valor de cada cosa. Esto, erigido en principio de toda una civilización, estudiado en todas sus aplicaciones desde lo ilimitado á lo más liviano, impuesto á toda especie de querer y de saber, formará vuestro orgullo, hombres del siglo venidero, si los profetas de la clase comerciante aciertan el destino de ese siglo. Pero tengo poca fe en tales profetas. *Credat Judaeus Apella*, para decirlo como Horacio. >

176. *La crítica de los padres.* — ¿Por qué soportamos ya la verdad acerca de un pasado muy reciente? Porque existe siempre una nueva generación que se siente en contradicción con ese pasado y que goza en esa crítica las primicias del sentimiento del poder. Antes sucedía, por el contrario, que la generación nueva quería apoyarse en la antigua y comenzaba á tener conciencia de sí misma, no sólo aceptando las opiniones de los padres, sino defendiéndolas con más severidad todavía, si era posible. Antaño, criticar la autoridad paterna era un vicio; ahora empiezan por ahí los jóvenes idealistas.

177. *Hacerse á la soledad.* — ¡Oh pobres parias, que habitáis las grandes ciudades de la política mundana; jóvenes inteligentes martirizados por la vanidad, que consideráis como un deber el dar vuestra opinión sobre

todos los acontecimientos (pues siempre ocurre algo)! Cuando habéis levantado polvo y ruido de esta manera, os creéis la carroza de la historia. Escucháis constantemente, esperando el momento en que podréis dirigir la palabra al público y perdéis así toda fecundidad verdadera. Por ardiente que sea vuestro deseo de grandes obras, el profundo silencio de la incubación no llega á vosotros. El acontecimiento del día os arrastra delante de sí como una brizna de paja, ¡aunque vosotros os hacéis la ilusión de empujar al acontecimiento, pobretes! Cuando se quiere ser un héroe en la escena, no hay que representar papeles del coro, ni siquiera se debe saber cómo se hacen.

178. *Los que se gastan diariamente.*—Hay ciertos jóvenes que no carecen de carácter, ni de disposición, ni de celo, pero no se les ha dejado tiempo de trazarse una dirección á sí mismos, habituándoles, al revés, desde la edad más tierna, á recibir una dirección. Antes, cuando estaban maduros para ser «enviados al desierto», se procedía de otra manera con ellos, se les utilizaba, se les desprendía de sí mismos, se les enseñaba á ser usados cotidianamente, haciendo de ello un deber y un principio; y ahora no pueden prescindir de ello ni quieren que las cosas sucedan de otro modo. Pero no se les deben negar á estas pobres bestias de carga sus «vacaciones»; así se llama este ideal forzado de un siglo tan recargado de trabajo; vacaciones en que se puede gozar libremente de la pereza, ser estúpido é infantil.

179. *La menor cantidad de Estado posible.*—Todas las condiciones políticas y sociales no valen la pena de que precisamente las inteligencias más capaces sean

las que tengan el derecho y la necesidad de ocuparse en ellas; un despilfarro tal de inteligencias es mucho más grave que un estado de miseria. La política es la esfera de acción de los cerebros medianos y esta esfera no debería abrirse á los espíritus más elevados aunque la máquina se hiciera pedazos. Pero tales como se presentan hoy las cosas, cuando no solamente quieren todos estar informados á diario de los negocios políticos, sino que cada cual quiere intervenir en ellos activamente á cada instante y abandona para eso su trabajo, representan una grande y ridícula locura. Se paga muy cara á este precio la «seguridad pública», y lo que es todavía más insensato, se llega de este modo á lo contrario de la seguridad pública, como nuestro excelente siglo está en camino de demostrarlo, cual si nada se hubiera hecho. Dar seguridad á la sociedad contra los ladrones y los incendios; hacerla muy cómoda para toda clase de comercio y de relaciones entre los hombres; transformar al Estado en Providencia (en buen ó en mal sentido), son fines inferiores, secundarios y que no pueden considerarse indispensables, al servicio de los cuales no se deberían poner los fines é instrumentos más elevados que hay, los cuales se deberían reservar para los fines superiores y más raros. Nuestra época, aunque habla mucho de economía, es pródiga. Despilfarra lo más precioso: el ingenio.

180. *Las guerras.*—Las grandes guerras contemporáneas son el resultado de los estudios históricos.

181. *Gobernar.*—Unos gobiernan por el gusto de gobernar; otros, por no ser gobernados. Entre dos males, este es el menor.